

## BIBLIOGRAFIA

cepción, que la cosmografía maniquea no era más que un tejido de errores».

Como curioso y más bien para juzgar que para instruirse, en el año 385 en Milán, asiste primeramente a las predicaciones de San Ambrosio porque quería saber si merecía la reputación de orador. Para darnos a conocer el pensamiento del Doctor de Hipona el Padre Guilloux, a lo largo de toda su obra y todavía más a partir de ahora, recurre a las *Confesiones*, demostrando así una vez más al lector que se gloria de ser un entusiasta de dicha obra agustiniana.

Apenas convertido e instalado en la quinta de Casiciaco, entabló con sus amigos los diálogos contra los escépticos de la Academia. En el curso de sus grandes obras teológicas, el Doctor de Hipona, se detendrá muchas veces para cerrar la puerta a la duda universal. *La Ciudad de Dios* detesta como una locura de la Academia dicha duda. Piensa Agustín que nuestra ciencia es limitada, pero evidente y que creemos los testimonios comprobados por nuestros sentidos corporales porque sería un error desconfiar de ellos siempre. Afirma también que creemos a las Escrituras antiguas y nuevas, que son la fuente de nuestra fe y de nuestra vida.

Comprender a Dios y amarlo, hacerlo comprender a los otros y hacerlo amar, tales son —según el autor— las dos divisas que resumen la vida entera y toda la Obra de San Agustín. Y, comenta el Padre Guilloux, estas dos cosas no las separa jamás; va siempre hacia Dios con el espíritu y el corazón; va allí con toda su alma, y he aquí el secreto de su influencia incomparable y universalmente reconocida.

El consejo final del autor a cada uno de sus lectores es que meditemos los escritos de San Agustín, que nos esforcemos en penetrar en lo íntimo de su corazón, en revivir sus pensamientos y sentimientos y —por tratarse de un libro de espiritualidad— añade el P. Guilloux que el cumplimiento de todos estos consejos traerá como consecuencia que no se acusará más al Cristianismo católico de apocar la inteligencia, de ahogar las espontaneidades y los impulsos del corazón.

INMACULADA GÁNDARA

HAEFFNER, G., *Antropología Filosófica*, Herder, Barcelona 1986, 216 págs.

La editorial Herder publica ahora la traducción de la obra *Philosophische Anthropologie* de Gerd Haeffner, cuya edición original es de 1982. Se trata de un manual introductorio a la antropología filosófica escrito desde un punto de vista sistemático. Se dejan, pues, de lado las cuestiones históricas en beneficio de la brevedad y la claridad. El libro está escrito con mucha linealidad y se afrontan las cuestiones directamente. Se reduce al mínimo el aparato erudito, señalando en cada punto una selección de la bibliografía pertinente. Estas características hacen que la obra se adecúe muy bien a su propósito pedagógico. Es, sin duda, una obra útil en la docencia.

El libro está bien planteado. Se articula bien, sin resultar ecléctico, lo mejor de los planteamientos clásicos, fenomenológicos y hermenéu-

## BIBLIOGRAFIA

ticos. Ofrece, por tanto, una visión amplia de la antropología filosófica.

La obra está estructurada en cuatro partes. En la primera de ellas titulada *El problema del recto planteamiento* se ofrece el planteamiento de la pregunta por el hombre. El punto de partida de la respuesta a esa pregunta viene dado por la biología, y en concreto por la biología comparada. En ella aparece una diferencia entre el hombre y el animal en cuanto tal. ¿Cómo se puede pensar que una especie animal se diferencia de lo animal en cuanto tal? (p. 27). Para Haeffner, la solución a esa paradoja exige el abandono del planteamiento biológico. La biología no es el único modo posible de estudiar al hombre. Para salir de la paradoja enunciada es preciso encontrar un concepto de animal en el que entre implícitamente la separación del hombre (Cfr. p. 29). Ese concepto debe ser establecido desde la ontología y el autor lo encuentra en el de sujeto.

El capítulo segundo de esta primera parte está dedicado a la noción de subjetividad como una determinada realización de la unidad. «Un ente que tiene su ser en la realización de una unidad de relación, en la cual él mismo y lo otro aparecen siempre como unidades separadas es lo que llamamos sujeto. O más brevemente, un sujeto es un ente que se relaciona consigo mismo al relacionarse con otro» (p. 36). En segundo lugar, se trata de ver la subjetividad como un estar en el mundo. El organismo representa una relación con el entorno, que existe con el animal o con el hombre, para ellos y por ellos, co-

mo una estructura de sentido. Ese entorno vivido y configurado es el ambiente del animal y el mundo del hombre. Subjetividad y mundo se relacionan mutuamente. El tener un mundo es lo que distingue a un sujeto de una cosa. Es característica del hombre la capacidad de trasponer las fronteras de su mundo para llegar al centro de un mundo distinto (Cfr. pp. 36-40).

Cierra la primera parte, un capítulo dedicado al estudio de en qué medida existe una esencia humana desde el punto de vista filogenético y transcultural (pp. 41-45) y en qué medida ese concepto universal de hombre es alcanzable para un pensamiento elaborado desde la experiencia occidental. Discute las tesis del etnocentrismo y del relativismo cultural y rompe una lanza en favor del planteamiento hermenéutico.

Una vez explicitado el planteamiento del estudio se dedica la segunda parte al estudio de algunas dimensiones básicas del ser humano. Esas dimensiones son básicas porque marcan la existencia humana de forma que en ellas se fundamenta su peculiaridad, porque esos rasgos no sólo determinan el ser del hombre sino que también se hacen sentir como rasgos fundamentales de la reflexión antropológica, y porque toda búsqueda del hombre en su ser esencial está condicionada por esas dimensiones básicas. Por último un indicio del carácter fundamental de esas dimensiones se obtiene del hecho de que cada una de las ciencias relativas a esas dimensiones se presenta como *la* ciencia humana fundamental (Cfr. pp. 51-52). El estudio de esas dimensiones debe hacerse con base en las

## BIBLIOGRAFIA

respectivas ciencias humanas. El sesgo metodológico fundamental de éstas es la hermenéutica, «la interpretación de las dimensiones de la vida vivida sobre sus estructuras, en cierto modo naturales, en que el viviente toma clara conciencia de sus propios supuestos» (Cfr. p. 53).

Así dedica Haeffner un capítulo al lenguaje (Cfr. pp. 54-68), a la sociedad (Cfr. pp. 69-91), a la historicidad (Cfr. pp. 92-106) y a la corporeidad (pp. 107-26).

Como dimensiones destacadas de la corporeidad señala el espacial estar en el cuerpo y la sexualidad. Desde el punto de vista ontológico afirma que la ciencia natural puede analizar el cuerpo, pero que una teoría del cuerpo como tal no puede hacerse desde el plano científico-natural (p. 125).

La tercera parte lleva por título *El elemento espiritual de la realización existencial*. En ella se tematiza no las dimensiones básicas de la realización del ser humano, vistas en la parte anterior, sino la forma y maneras de esa realización, por cuanto que se trata de unos logros humanos específicos. Lo peculiar de la subjetividad humana está en el cómo de la realización: en que el ser humano no sólo es una realización, sino que vive esa relación de tal modo que le compete la forja de una segunda relación con la relación susodicha. La espiritualidad del hombre es su capacidad constitutiva frente a la relación de mismidad, cuyas formas esenciales llevan los nombres de conciencia y libertad (p. 129). En consecuencia, Haeffner dedica un capítulo a cada uno de estos dos temas.

En la última parte, el autor

afronta el tema de la persona humana, definida siguiendo a Kierkegaard como ya se ha venido insistentemente anunciando como una relación que se relaciona consigo misma, el tema del sentido de la vida y la tensión esencial entre finitud e infinitud, terminando la obra con un bosquejo de planteamiento del problema de la muerte e inmortalidad. Concluye la obra enlazando explícitamente con la teología.

Se trata en resumen de una obra seria y pese a su función didáctica, especulativamente bastante ambiciosa. Aunque se echan en falta algunos temas importantes, la obra ofrece una visión ordenada y amplia de los distintos temas antropológicos. Pese a lo discutible de algunas tesis, la obra es sin duda interesante y desde el punto de vista pedagógico formativa.

JORGE VICENTE ARREGUI

HELMUT THIELICKE, *Vivir con la muerte*, Herder, Barcelona 1984, 279 págs.

Se publica ahora la traducción de X. Moll de la obra de Thielicke, *Leb en mit dem Tod* publicada en Tubinga en 1980. Se trata de un estudio, en última instancia teológico luterano, sobre la muerte, entendida como característica que marca toda la existencia humana. Se trata de entender nuestra vida desde la frontera de la muerte para ver cómo la muerte no puede ser comprendida sólo como suceso natural (cfr. p. 251).

La obra se compone de cuatro